

ENSEÑANZA EN EL TEMPLO, LA MUJER ADÚLTERA

En aquel tiempo volvió Jesús á Jerusalén para asistir á la fiesta de los Tabernáculos, una de las tres que los judíos estaban obligados á celebrar; y fué á la ciudad guardando alguna reserva, y después de haber dejado ver alguna duda sobre su decisión, porque todavía no había llegado la hora de dejar libres los designios de aquellos que querían quitarle la vida. Sin embargo de esas precauciones le reconocieron, cuando pasaba por el camino, diez leprosos que se hallaban allí separados del trato social, en cumplimiento de lo que prescribía la ley, y al momento fueron hacia Él gritando: «¡Jesús, nuestro Maestro, tened piedad de nosotros!»—«Andad, les contestó Jesús, y presentaos á los sacerdotes.» Pues el leproso curado estaba en el deber de presentarse al sacerdote para hacerle una ofrenda y obtener resguardo de su purificación. Inmediatamente se fueron al sacerdote, y en el camino ya se sintieron limpios y curados de su enfermedad. Uno de ellos volvió adonde estaba Jesús, y presentándose delante de Él, tocando su rostro con la tierra, le dió gracias por el beneficio recibido; y el que hizo eso era un samaritano, pues los otros nueve eran judíos, y éstos, quizá excitados y mal aconsejados por los escribas, que seguían de cerca con mala intención á Jesús, se mostraron muy ingratos. Vista su conducta tan indigna, preguntó Jesús: «¿No son diez los que

han sido curados? ¿Dónde, pues, están los otros nueve? Aquí no ha venido más que este extranjero á dar gracias á Dios.» Y luego dijo al leproso curado: «*Levántate, vete; tu fe te ha salvado.*» Esa fe tan necesaria y tan recomendada por Nuestro Señor es tan eficaz y tan poderosa, que no solamente cura las enfermedades del cuerpo, sino también las del alma.

Tan luego como Jesús llegó á Jerusalén se puso á enseñar en el Templo, á la sazón en que había en el pueblo grandes y profundas divisiones con respecto á su persona, cumpliéndose así lo que había predicho el anciano Simeón declarando que el Salvador sería una señal de contradicción. Sin embargo, la sabiduría de sus palabras tenía absortos á todos, y tanto amigos como enemigos no podían dejar de admirar la ciencia prodigiosa de este hombre, que no había hecho estudios en ninguna universidad. Entre otras cosas les decía: «*Mi doctrina no viene de mí, sino de Aquel que me ha enviado. Los que quisieren cumplir la voluntad de Aquel que me ha enviado conocerán si esta doctrina es de Dios ó si yo hablo de mí mismo. El que habla de su autoridad tiene á la vista su propia gloria; pero cualquiera que mire por la gloria de aquel que le ha enviado dice siempre la verdad.*»

Sabiendo Jesús las acusaciones que le hacían los fariseos y los escribas con motivo del Sábado, por haber curado en ese día al Paralítico, les dió nuevas pruebas de que con ese acto de misericordia no había sido infringida la ley, y les manifestó que

más bien la violaban ellos por no juzgar según la caridad y la justicia. Les preguntó por qué causa le buscaban para quitarle la vida, é irritados porque con esa pregunta quedaba descubierta su maliciosa hipocresía, gritaron algunos de ellos, diciendo que quién le buscaba con semejante fin, y que para hablar así

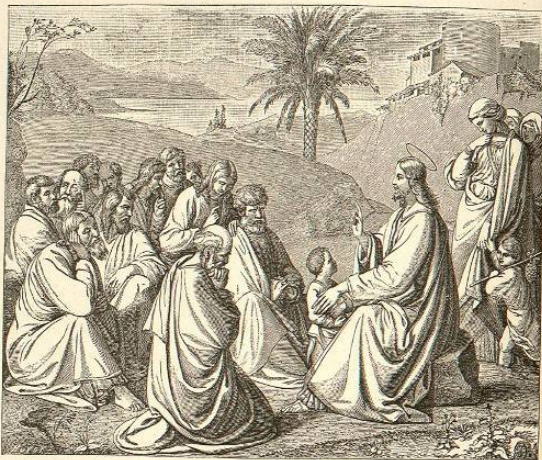


Lámina 64.—«Cualquiera, dice Jesucristo, que se vuelva pequeño como este niño, aquel será el mayor en el reino de los cielos.»—Overbeck, *Fyangelio ilustrado*, Paris.

debía estar poseído del demonio. Otros, por el contrario, se inclinaron á creer que era el Cristo; pero éstos, todavía ciegos é ignorantes, añadían que, sin embargo de eso, sabían de dónde procedía ese hombre, cuándo vendría, y nadie era capaz de conocer dónde estaba. Este error estaba fundado en una mala inteligencia de estas palabras de Isaías : *¿Quién contará su ge-*

neración? las cuales se refieren al misterio de la generación eterna.

Jesús dijo en alta voz : « *Vosotros decís que sabéis quién soy y de dónde vengo. Pues yo no he venido de mí mismo; mas Aquel que me ha enviado es verdaderamente de quien yo vengo, y vosotros no le conocéis. Por lo que á mí toca, le conozco, porque yo soy de Él.* »

Por esta manera de expresarse conocieron los judíos, enemigos de Jesús, que Él se decía Hijo de Dios y que se igualaba con Dios, y sus mismos partidarios, aunque tenían miedo de declarar ostensiblemente su fe, la dejaban traslucir, y eran muchos los que se hallaban en ese caso. Había, además, entre la multitud algunos que preguntaban si el Cristo, cuando viniera, haría más milagros; y esto lo miraban mal los escribas y fariseos, por lo cual juzgaron que no convenía permitir que este modo de sentir creciese entre el pueblo; y con objeto de contenerle y reprimirle, enviaron gente á propósito para que se apoderase de Jesús, quien entre tanto no se inquietaba de estas precauciones prematuras, y dijo á los que le rodeaban, que se supone fueron los mismos que habían sido enviados para prenderle : « *Yo estoy con vosotros todavía un poco tiempo, y voy á Aquel que me ha enviado; vosotros me buscáis y no me encontráis; y allí donde yo estoy, vosotros no podéis venir.* »

Por estas palabras—« *donde yo estoy* »—se ve claramente que Jesucristo se aparece presente aquí en la tierra, y al mismo

tiempo se halla también presente en el cielo, donde no dejará nunca de habitar y adonde los fariseos no podían llegar con su odio y perversidad.

La fiesta de los Tabernáculos duraba una semana, y el día último se iba á tomar agua en la fuente de Siloé y se derramaba sobre el altar, pidiendo á Dios la abundancia de frutos de la tierra. Aquel mismo día dijo Jesús en alta voz, tomando ocasión de las circunstancias presentes : «*Si alguno tiene sed, que venga á mí y que beba; y del corazón de aquel que cree en mí brotarán ríos de agua viva.*» En cuyas palabras hacía referencia al Espíritu Santo, que había de comunicarse á los que creían en Él.

Había en el pueblo agentes encargados de prender á Jesús, y, como sucedió los días anteriores, tampoco se atrevieron á cumplir su comisión; y cuando les reprendieron y censuraron por esa cobardía los fariseos y los príncipes de los sacerdotes, contestaron los agentes que jamás habían oído á ningún hombre hablar como Él, por lo que les preguntaban los mismos fariseos si también se habían ya dejado seducir y alucinar, como sucedía al populacho, por el oscuro Galileo, echándoles en cara que si no tenían de ello vergüenza, siendo así que entre las gentes distinguidas, entre las autoridades y la nobleza, nadie hacía caso ni estimaba á un hombre hechicero y de tan baja condición.

Sin embargo de eso, un senador llamado Nicodemo se atrevió á hacer una objeción. Principió por referir é invocar la lega-

lidad vigente, y encontrando que, según ella, no se podía juzgar á nadie, aunque fuese galileo, sin saber antes lo que había hecho y en qué había delinquido, preguntó cuál era el crimen que se le imputaba á Jesús. Los fariseos se arrebataron y enfurecieron más, pues se cree que tenían el perverso intento de matar á Jesús sin formación de causa y en virtud solamente de una excomunión pronunciada por ellos contra Él; y desesperados, preguntaron á Nicodemo : «*¿Acaso eres tú también galileo? Registra las Escrituras, y sabrás que de Galilea no puede salir ningún profeta.*» Estas eran sus razones, y, por no poder encontrar otras, sólo decían que el Galileo era escuchado y seguido de los ignorantes y del populacho; y eso se decía constantemente y era repetido todos los días. El miserable emperador Juliano pensó arruinar el Cristianismo con esa misma injuria, y todavía llaman por desprecio Galileo á Jesucristo los judíos y los descendientes de los que inventaron ese apelativo como una señal de ignominia.

Entonces Jesús, dejándoles entregados á sus maquinaciones, se retiró al monte Olivete, donde acostumbraba pasar las noches siempre que permanecía en Jerusalén, y de esta costumbre era conocedor el apóstol Judas. El monte de las Olivas es el monte de los perfumes y de la unción; y por eso debía habitar allí el Cristo, que es el ungido con el óleo santo y el que nos unge y prepara á nosotros con su virtud para entrar en el combate, con su gracia para llorar nuestros pecados, y con su

amor para alcanzar el perdón. Ese memorable monte representa la sublime bondad de Jesús; y, según sentir del sabio Alcuino, el fruto del olivo es muy propio para explicar este misterio, porque, puesto en presión, la oliva destila aceite purísimo, que es la señal de la misericordia, y derramado sobre los líquidos, sobrenada en todos ellos, y eso guarda analogía con estas palabras de la Escritura: «*Las misericordias del Señor están por cima de todas sus obras.*» De los lugares que recorrió Jesús no hay más que dos que, propiamente hablando, puedan llamarse su morada, y son el monte de las Olivas, que es monte de misericordia, y la casa de Simón-Pedro, á quien se mandó perdonar, no una sola vez, sino setenta veces siete.

Habiendo, pues, pasado la noche en el monte, al rayar la aurora del siguiente día volvió al Templo, y otra vez la multitud se apresuró y aglomeró para oírle; porque es de advertir que, empujado el pueblo como por un instinto de salud, corría hacia Aquel que podía dársela, y se había dicho ya por uno de sus profetas: «*Yo les traeré por los lazos de mi amor.*» En el Templo estaba sentado y ocupado en instruir á los que le escuchaban, cuando de repente se presentan los fariseos llevando atada una mujer, á quien colocaron en medio del auditorio, diciendo: «*Doctor, esta mujer es adúltera, y Moisés nos manda apedrear á los culpables de ese delito; ¿qué pensáis Vos sobre esto?*»

Según lo que Jesús respondiera, así se disponían ellos para

acusarle, ó d'è desprecio á la Ley de Moisés, ó de dureza hacia los pecadores.

Jesús, guardando silencio, se bajó y escribió en la tierra con su dedo, y, según alguna tradición, se cree que escribió los pecados de los que acusaban á la mujer mencionada; pero, según opinión de otros, se limitó á escribir alguna corta sentencia de la Santa Escritura, aplicable á la perversidad y malicia que en ellos había, como, por ejemplo, este versículo de Isaías: «*Tierra, tierra, tú escribes que estos hombres están reprobados.*» Entre tanto los fariseos continuaban preguntándole y como pretendiendo obligarle á responder; y entonces se levantó y les dijo: «*Aquel de vosotros que esté sin pecado arroje sobre esa mujer la primera piedra.*» Y seguidamente, sin siquiera miralles, se bajó otra vez y se puso á escribir, obrando así probablemente para disimular y atenuar la confusión que les causó semejante respuesta, ó para darles tiempo de que se arrepintieran. Al momento se fueron de allí todos los acusadores, el uno detrás del otro, y los primeros, los más viejos, en cuya resolución pudo influir, ó bien el haberse despertado sus conciencias con la palabra augusta de Jesús, ó bien el temor de ser descubiertos y de que cayese el velo con que estaba oculta su hipocresía, si permanecían más tiempo en el mismo lugar; y entre tanta gente como allí se había reunido solamente quedaron, dice San Agustín, dos personajes que fueron la miseria y la misericordia. Jesús dijo á la mujer adúltera: «*¿Dónde se han ido aquellos que te*

acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?» Y ella contestó: «Ninguno, Señor.»—«Pues ni yo tampoco te condenaré, dijo el Salvador. *Vete en paz, y no peques más.*»

«*Adelantaos, exclamaba David, y estableced vuestro remo por medio de la dulzura y de la justicia.*» Con una sola palabra, el Hijo de David hace triunfar la misericordia sin lastimar la Ley, desenmascara la hipocresía, confunde la malicia, liberta á la pecadora y convierte su corazón, como puede creerse con fundamento. Sin embargo, Él cumple toda justicia y toda verdad, y dice á la adúltera que no vuelva á pecar, para demostrar que, al mismo tiempo que es padre misericordioso que perdona, también es juez justo que condena, y que, si ampara y compadece al pecador, jamás condescenderá con el pecado. Si Jesús solamente se hubiera propuesto absolver la falta cometida, hubiera dicho á la pecadora: Anda y vive como quieras, y puedes estar segura que yo te libraré del infierno que habías merecido con tu adulterio; pero no la dice eso, sino que la encarga que no vuelva á pecar más, sobre lo cual llama la atención San Agustín á los que no quisieran ver en Jesús más que dulzura, y les exhorta á que le teman, porque á la vez que dulce es recto y severo.

Después de este acontecimiento continuó Jesús la predicación que había interrumpido, y su discurso, que versaba acerca de las pruebas de su misión y de su divinidad. Por las verdades tan altas y misterios tan profundos que expresaba, frecuente-

mente difíciles de entender, más bien parecía estar destinado para los tiempos venideros que para aquellos delante de los cuales le pronunciaba. Se supone que el Evangelista, al referirle; sólo puso lo más principal y sustancial, y que Jesucristo daría de palabra las explicaciones y el desenvolvimiento que fuera necesario para que le comprendieran sus oyentes, porque consta que al oírle creyeron muchos en el Salvador, á pesar de las negaciones é interrupciones injuriosas de los fariseos.

Estos no cesaban de preguntar quién era Él, y Jesús les dijo: «*Cuando vosotros veáis exaltado y elevado al Hijo del Hombre, entonces sabréis quién soy yo, y que yo no hago nada de mí mismo, sino que digo las cosas tales como el Padre me las ha enseñado. Aquel que me ha enviado está conmigo, y no me ha dejado solo, porque hago siempre lo que es de su agrado.*» Esto es lo mismo que había dicho á Nicodemo desde los primeros días, lo que había anunciado á los Apóstoles y á los mismos judíos, declarándoles que no tendrían otro milagro que el de Jonás. Ellos le conocieron efectivamente después que fué exaltado en la cruz, en su pasión y en su muerte y resurrección; y cuando Jesús dijo que Aquel que le había enviado estaba con Él, proclamó bien claramente la unidad de naturaleza, en virtud de la cual el Padre es inseparable del Hijo; nos enseñó además esta gran verdad del Cristianismo, á saber, que Dios se une inseparablemente á todos aquellos que hacen siempre lo que á Él agrada, y que no les abandona jamás ni les deja solos.

Como entre aquella multitud de gente había muchos creyentes, para fortificarles en la fe les dijo : «*Si vosotros permanecéis fieles á mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.*» Antes los fariseos se habían vanagloriado de ser hijos de Abraham y de no haber sido jamás esclavos de nadie, y Jesús les dijo que todo aquel que peca se hace esclavo del pecado, y que los hijos de Abraham según la carne, por razón de sus obras, contrarias á la verdad y á la justicia, pasaban á ser hijos de otro padre muy diferente. Entonces ellos contestaron que no tenían más que un solo padre, que era Dios, y Jesús les argüía diciendo: «*Si Dios es vuestro padre, me amaríais á mí, porque precisamente yo procedo de Dios y de Él he venido. Vosotros, vosotros sois los hijos del demonio, y aquello que vuestro padre desea, eso queréis hacer. El demonio fué homicida desde el principio, pues no perseveró en la verdad, y por esa razón la verdad no se halla en él. Cuando miente, lo hace de sí mismo y de su propia resolución, porque no solamente es embustero, sino también el padre de la mentira. Por lo que á mí toca, no me creéis, porque os digo la verdad; y si no, ¿quién de vosotros puede argüirme de pecado?*» Al oír ellos esta palabra guardaron profundo silencio, y el Salvador continuó: «*¿Por qué razón cuando yo os digo la verdad no me creéis? Aquel que es de Dios escucha las palabras de Dios, y vosotros no las escucháis, precisamente porque no sois de Dios.*»

Los fariseos, después de razones tan concluyentes, en vez de convertirse, se desataron en injurias contra Jesús, insultándole y gritando que era un endemoniado y un samaritano.

Semejantes insultos, por más graves que fuesen, no eran capaces de agotar la paciencia, ni de cansar la infinita bondad y misericordia de Jesús, y así les contestó, y en ellos á toda la posteridad de Adán hasta la consumación de los siglos : «*En verdad os digo que si alguno guarda mi palabra, no sentirá la muerte eterna.*» Los fariseos, encolerizados, gritaron nuevamente que bien habían dicho ellos al asegurar que aquel hombre tenía el demonio. «*¿Cómo puede suceder, preguntaban, que, habiendo muerto Abraham y los Profetas, ahora digas tú que si alguno guarda tu palabra no sentirá la muerte eterna? ¿Acaso eres tú más grande que nuestro padre Abraham y que los Profetas que murieron? ¿Por quién, pues, te tienes tú?*»

Á esa objeción respondió Jesús : «*Si yo me glorificase á mí mismo, mi gloria no sería nada. Aquel que me glorifica es mi Padre, el cual decís vosotros que es vuestro Dios, y, sin embargo, no le habéis conocido; pero yo le conozco; y si yo dijera que no le conocía, entonces sería yo un embustero, como lo sois vosotros. Mas yo le conozco y obedezco á su palabra.*» Y refiriéndose Jesús á Abraham, que los fariseos habían alegado, añadió estas palabras, llenas de luz y de majestad : «*Abraham, vuestro padre, deseó con an-*

sua poder ver mis días, y, en efecto, los vió y por ello se llenó de alegría.» Los judíos dijeron gritando: «*No tienes aún cincuenta años, y dices que has visto á Abraham.»* Jesús contestó: «*En verdad, en verdad os digo que yo existo desde antes que fuese concebido Abraham.»*

Para explicarse y definirse Jesús, le fué preciso emplear un estilo que no es como el de los hombres, pero lleno de sabiduría y de más ciencia que la que poseen todos los sabios. La palabra *antes* dice referencia á tiempo pasado, y la palabra *existo* se refiere al tiempo presente; y mientras la falsa filosofía y la incredulidad no verían ahí más que una evidente contradicción, la sublime ciencia de la revelación, que es la ciencia de la verdad, descubre en el lenguaje de Jesús los pensamientos más profundos y las razones más incontrastables; porque al asegurar Jesús que existió en lo pasado y que existe en lo presente, enseña evidentemente que es Dios, para el cual, como esencialmente eterno é infinito, no hay pasado, presente ni futuro, sino que es una grandiosa é inalterable realidad, siempre en acto y jamás en mera posibilidad ó potencia, siendo, por lo tanto, las palabras pasado, presente y futuro voces accidentales, excogitadas por la limitación y pobreza de la inteligencia humana para explicarse de alguna manera, aunque imperfecta, el Sér inmenso é infinito que no puede contemplar ni abrazar de una sola mirada.

Las expresiones tan sublimes y científicas de Jesús son un argumento irresistible de su divinidad y de su igualdad con su

Padre; y por más que los fariseos comprendían algo de lo que significaban, se resistieron obstinados á la verdad, é intentaron apedrear á Jesucristo, causa por la cual se vió obligado á retirarse, de una manera invisible, del Templo, en donde estaba enseñando; pero, aunque por ese medio se libraba de las iras y odios de sus enemigos, no por eso les aborrecía ni les abandonaba; y en prueba de ello, el mismo día en que así le maltrataban hizo un estupendo é inaudito milagro, en que brillan simultáneamente su infinito poder y su infinita misericordia, confirmando así también la doctrina que, tocante al Sábado, le rechazaban los fariseos, como si fuera contraria á la Ley.

EL CIEGO DE NACIMIENTO

Vió Jesús á un hombre que estaba ciego desde su nacimiento, y con ese motivo los discípulos le preguntaron: «*Maestro, la causa de que este hombre haya nacido ciego ¿son sus pecados, ó los de sus padres?*» Jesús respondió: «*Ni él, ni sus mayores, ni su padre, ni su madre han pecado, sino que esto ha sucedido para que las obras de Dios se manifiesten en este ciego. Es preciso que mientras es de día yo ejecute las obras de Aquel que me ha enviado, porque vendrá la noche, en que nadie puede trabajar, y mientras que yo esté en el mundo soy la luz del mundo.»*

Después de pronunciadas esas palabras, mojó Jesús con sa-